

ÀLEX AGUILAR, MAX AGUILAR

La huella ballenera en el norte de la península Ibérica

Inventario-guía de restos históricos



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

La huella ballenera en el norte de la península Ibérica

ÀLEX AGUILAR, MAX AGUILAR

La huella ballenera en el norte de la península Ibérica

Inventario-guía de restos históricos



UNIVERSITAT^{DE}
BARCELONA

Edicions

Universitat de Barcelona. Dades catalogàfiques

Aguilar, Àlex, autor

La huella ballenera en el norte de la Península Ibérica : inventario-guía de restos históricos

Inclou glossari i bibliografia

ISBN 978-84-1050-178-2

I. Aguilar, Max, autor II. Títol

1. Balenes 2. Indústria pesquera 3. Història 4. Península Ibèrica

© Edicions de la Universitat de Barcelona

Adolf Florensa, s/n, 08028 Barcelona, tel.: 934 035 430

comercial.edicions@ub.edu, www.edicions.ub.edu



© de los textos y las imágenes: Àlex Aguilar y Max Aguilar

Fotografías de la cubierta: Grabado del artículo «Las ballenas en las costas oceánicas de España» (1889), de Mariano de la Paz Graells, y factoría ballenera de Caneliñas (Cee, A Coruña).

ISBN: 978-84-1050-178-2

Depósito legal: B 15813-2025

Impresión y encuadernación: Gráficas Rey



La publicación de esta obra ha contado con la colaboración de la Consellería do Mar de la Xunta de Galicia, el Concello de Cee, el Museu Marítim de Barcelona, el Aquarium-Museo Marítimo de San Sebastián, el Museo do Mar de Galicia y el Museo de la Pesca de Palamós.

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada mediante ningún tipo de medio o sistema, sin autorización previa por escrito del editor.

Sumario

Agradecimientos	9	Viveiro, Portocelo, Morás	210
Introducción	11	San Cibrao, Museo Provincial do Mar	216
Historia de la pesca ballenera	21	Burela, Nois, Foz, Rinlo	224
La pesca costera tradicional	22	Tapia de Casariego	228
La pesca oceánica en barco de vela	56	Puerto de Veiga, Museo Etnográfico	230
La pesca moderna industrial.....	66	Lluarca	238
Las especies explotadas	100	Cadavéu, Cuideiru	244
Los productos de las ballenas	118	Lluanco, Museo Marítimo de Asturias	246
Localidades y museos de memoria ballenera.....	131	Candás	252
Museo do Mar de Galicia (Vigo).....	132	Xixón.....	256
Cangas do Morrazo, factoría de Balea	142	Llastres	260
Museo Massó (Bueu)	152	Llanes, Ribeseya.....	264
Cee, factoría de Caneliñas	160	San Vicente de la Barquera.....	268
Camelle.....	180	Comillas, playa de Oyambre.....	270
Malpica	182	Santander, Museo Marítimo del Cantábrico	276
Caión.....	186	Isla, cabo Quejo	280
A Coruña	192	Laredo, Santoña	284
Museo de Historia Natural (Ferrol)	196	Castro-Urdiales	288
Cabo Prior, Priorio	204	Plentzia, Bilbo.....	294
Bares.....	206	Bermeo	298
		Lekeitio	306
		Ondarroa	314

Mutriku.....	318
Deba	324
Getaria, Zarautz	328
Orio	336
Donostia, Aquarium, Euskal Itsas Museoa, San Telmo Museoa.....	342
Pasaia, Errenteria, Albaola	356
Hondarribia, Hendaia	362

Saint-Jean-de-Luz, Ziburu.....	370
Bidart, Guéthary	374
Biarritz, Bayona, Anglet	378
Apéndices.....	385
Glosario	386
Fuentes	389

Agradecimientos

Els Aguilar sempre busquem. No sabem exactament què, però busquem igual.

Este es un libro escrito a cuatro manos, un procedimiento que en náutica se conoce como «navegar en conserva». La expresión describe cuando dos o más barcos avanzan juntos, pres-tándose apoyo mutuo. Y esto es, más o menos, lo que hemos hecho los autores. Al releer las pruebas de imprenta nos cuesta incluso distinguir qué ha hecho cada uno. Pero, además, un libro de este tipo es necesariamente una obra colectiva en su sentido más amplio. Aunque nos hayamos apropiado de la narrativa y estampado nuestros nombres en la cubierta, lo que hemos volcado en estas páginas es fruto de las contribuciones de muchas personas a quienes hemos entrevistado, con quienes simplemente hemos conversado, o cuyas publicaciones nos han ofrecido información e incontables detalles, en ocasiones grandes y en otras pequeños.

Por otra parte, la travesía ha sido larga —hemos tardado más de cinco años en completar el libro— y en el esfuerzo de remar han contribuido muchos otros brazos cuya ayuda,

aunque no haya logrado que avanzáramos más rápidamente, sí nos ha permitido llegar más lejos. Varias personas han jugado un papel determinante: Meritxell Anton creyó en el proyecto cuando el libro no era ni siquiera un proyecto; con mirada casi maternal, lo abrazó y lo hizo suyo sin cuestionarlo. Mireia Sopena fue generosa en horas de coordinación y revisión a pesar de las complicaciones que los autores le creábamos una y otra vez. Carmen Cascajosa puso en línea nuestro primer texto, a menudo retorcido y rico en curvas. Ian Palomo concibió un diseño para la obra que solo ha recibido elogios. Albert Martínez produjo una magnífica infografía que por fin permite entender qué son las barbas de las ballenas. Helena Aguilar Giralte puso sus pinceles a trabajar y creó una lámina brillante y maravillosamente fidedigna de las especies de cetáceos que se pescaron en las aguas del Cantábrico. Cesc Bonet compuso la maqueta y la revisó una y otra vez conforme le hacíamos la vida difícil modificando imágenes y generando líneas huérfanas, viudas o, simplemente,

te, imposibles de ubicar. Y, antes de que todo eso sucediera, Carmen Garrido iluminó los años pasados en Caneliñas que constituyen el punto de partida de esta obra. Ole Romer Sandberg fue una insustituible compañía en los días de estudio en los archivos noruegos. Y, finalmente, acompañando y soportando con paciencia inacabable la producción del libro, Xon Borrell y Blanca Torrens han jugado un papel determinante a lo largo del proceso; su sombra, y también la de Max, el *golden* hijo de madre cazadora, aparecen recurrentemente en las fotografías que ilustran el recorrido que la obra nos ha llevado a transitar.

Diversas personas han aportado información personal, han revisado partes del texto y corregido errores, o alertado de los incontables y aparentemente invisibles gazapos: Covadonga López de Prado Nistal, Víctor Castiñeira, Aquiles Gareia, Santi Llovo, Marcos Emilio Amado, Alfredo López, Alex Larrodé, Pablo Casares, Xosé Iglesias, José Ramón García López, Peio Urrutia y Vicente Caramés.

Por otra parte, este libro es rico en imágenes. La mayor parte son obra de uno u otro de los autores, aunque algunas se las debemos a Esteve Grau y el resto es fruto de la cesión de archivos fotográficos y museísticos: el Museo

Massó, el Museo do Mar de Galicia, la Coordinadora para o Estudo dos Mamíferos Mariños (CEMMA), el Euskal Itsas Museoa, el Museo Naval de Madrid, el Archivo Histórico Municipal de Cádiz, el New Bedford Whaling Mu-

seum, el Australian National Maritime Museum, el archivo de Ole Romer Sandberg, el Vestfold Arkivet, el Slottsfjellsmuseet y el Hvalfangstmuseet.

Introducción

En 1851, Herman Melville describía así a la ballena en su magnífica novela *Moby Dick*: «Veo en la ballena una fuerza atroz poseída de una perversidad inescrutable que odio por encima de todo. La ballena es un ser demoníaco, la más espantosa de las bestias. Su chorro es venenoso... ¡Cuánta tristeza, cuánto odio hay en ella!». En 1974, poco más de un siglo después, pero ya en un mundo muy distinto, el zoólogo Victor Scheffer escribió: «Debemos dejar de pescar ballenas. Las ballenas viven en familias, juegan bajo la luz de la luna, hablan unas con otras y ayudan a las que están en dificultades. Aunque nuestras razones son francamente sentimentales, estamos convencidos de que los sentimientos son una de las mejores razones para decidir proteger las ballenas».

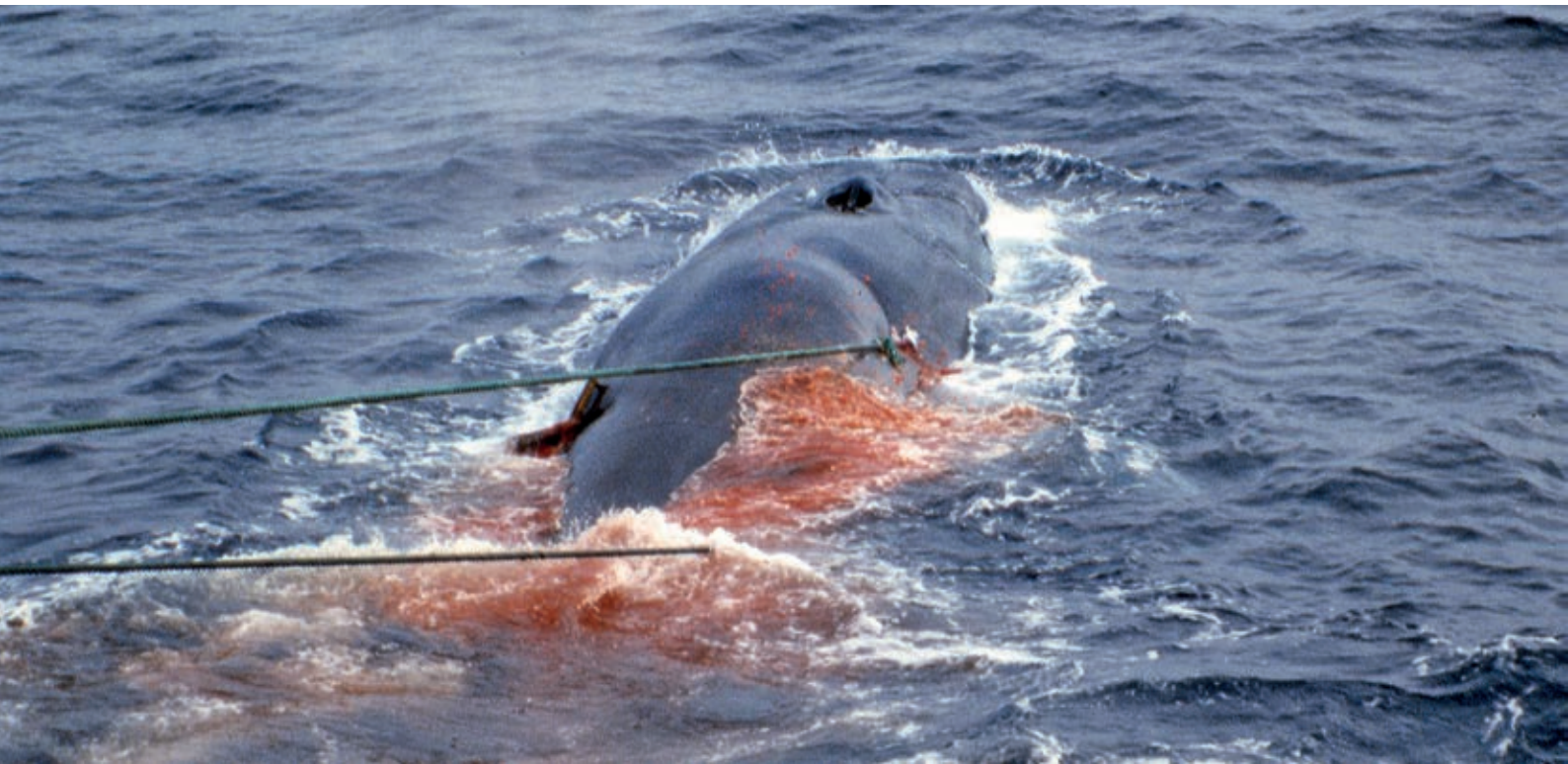
En muchos aspectos, la pesca de la ballena es una de las aventuras humanas más fascinantes y longevas. Quizás por eso su imagen ha ido mudando con el paso del tiempo. En la oscuridad del medioevo, su pesca era una epopeya entremezclada con leyendas que sucedían en parajes ignotos. En la Edad Moderna se convirtió en una gesta heroica protagonizada por aguerridos marineros que luchaban contra las bestias más desafiantes de los océanos. En tiempos recientes ha pasado a percibirse como una vileza sanguinaria perpetrada por avariciosas empresas. En esa mudanza, la ballena pasó de ser el monstruo que devoraba a Jonás a convertirse, de un plumazo, en una víctima.

¿Por qué esta transmutación? Sin duda, el pecado de la pesca de la ballena fue que siempre resultó un suculento negocio. En el siglo xii, el arponero que lograba capturar una sola ballena se hacía rico y alimentaba a su familia, a sus vecinos, al pueblo entero. En el siglo xix, los beneficios de la flota americana oscilaron entre el 25 y el 50% anual, lo que permitía a un armador recuperar la inversión en la com-

pra de un barco en tan solo tres o cuatro años. Pero eso solo eran las cifras promedio. El *Lagoda*, una bricbarca de New Bedford a la que los astros sonrieron, en solo doce años proporcionó a sus armadores una suma ciento veinte veces superior a la invertida, algunos años arrojando un dividendo del 361% anual. En el siglo xx, la pesca en la Antártida generó beneficios que en ocasiones superaron el 100% anual. Aunque el rendimiento se moderó con el declive de las poblaciones de ballenas, la

eficiencia de producción —medida en términos monetarios o de cantidad de pesca obtenida— siempre superó con creces a otros sistemas de pesca. Además de beneficios, la pesca reportó alimentos que en ocasiones podían resultar críticos. Así, en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial, cuando media Europa tenía sus despensas vacías y los campos se hallaban arrasados, muchos países pudieron alimentarse gracias a los productos que sus barcos balleneros desembarcaban.

Ello no quita que también fuera una inversión plagada de incertidumbres. Dar caza a un ser de tamañas dimensiones en el mar, un medio ya de por sí peligroso, era una tarea arriesgada. No resultaba raro que un arponero muriera en el ejercicio de su oficio o que un buque regresara a casa con las bodegas vacías después de haber circunnavegado el globo durante dos o tres años. O, aún peor, el buque podía naufragar en medio del océano, llevándose al abismo inversiones y vidas humanas.



Pero este riesgo nunca desincentivó la actividad. Sin duda, uno podía arruinarse, pero el resplandor del oro atrajo grandes cantidades de capital al negocio de la ballenería. Y la avaricia fue a largo plazo la sentencia de la industria. Durante al menos mil años el hombre llevó a cabo una explotación para la que inventó instrumentos, barcos y artilugios, aumentando de manera imparable su capacidad mortífera. A partir del siglo XVIII, las poblaciones de ballenas comenzaron a desplomarse una tras otra sin que por ello los arpones cesaran su actividad. Algunas poblaciones fueron completamente exterminadas, y el resto, reducidas a niveles mínimos. El impacto dejó una huella irreparable, de la cual, aún medio siglo después de que entrara en vigor la moratoria global sobre la caza comercial de ballenas, nuestros mares aún no se han recuperado.

Las ballenas pertenecen al orden de los cetáceos (Cetacea), un colectivo que incluye también a los cachalotes, los calderones, las orcas, los delfines, las marsopas y los zifidos. Son mamíferos de respiración aérea y temperatura corporal constante, es decir, son homeotermos. Aunque no son los únicos mamíferos que han conquistado el medio marino, sí son los que lo han logrado con mayor éxito. Las focas o los manatíes, por ejemplo, permanecen estrechamente ligados al medio terrestre. Por el contra-

rio, excepto unas pocas especies de delfines que habitan aguas someras o grandes ríos, como el Ganges, el Amazonas o el Yangtsé, la mayor parte de los cetáceos tienen vida oceánica y solo se aproximan a las costas cuando erran en la navegación o cuando están moribundos y la debilidad les hace temer su hundimiento y la consiguiente asfixia. Además, a menudo los cuerpos de los animales que mueren en alta mar son llevados a la costa por las corrientes y el oleaje, lo que explica que esporádicamente aparezcan cetáceos varados en las playas. Estas apariciones sin duda revelaron a la humanidad aquella generosa fuente de materiales y pronto aprendimos cómo aprovecharlos.

En algún momento se produjo el salto del uso ocasional de los cadáveres de cetáceos que aparecían en las playas a la persecución activa de los ejemplares vivos. Seguramente nunca conoceremos quiénes fueron los primeros en hacerlo, pero sí sabemos que su caza se desarrolló de manera independiente en diversas culturas y localidades: desde los antiguos esquimales inuit, hasta los vikingos o diversos pueblos del Pacífico asiático. Sin embargo, quienes por primera vez convirtieron la explotación de estos animales en una industria estable y desarrollaron canales de comercialización fueron los vascos. Desde el siglo XI existen documentos que regulan la venta de los productos de la ballenería y establecen los procedimientos de caza: una vez avistada la ballena, se la perseguía mediante pequeños botes tripulados por remeros —las velas se

empleaban solo en las maniobras de aproximación—, y cuando se la alcanzaba, se le lanzaba a mano un arpón para asegurarla a la embarcación; a continuación, la mataban empleando aguzadas lanzas o sangraderas y la remolcaban hasta su base en tierra firme o a un barco situado en las proximidades. Con el tiempo, los vascos expandieron sus operaciones a todo el Atlántico Norte, llegando incluso a las lejanas costas de Brasil. Esta actividad dejó un amplio legado documental, arqueológico y cultural que se extiende a lo largo del País Vasco, el resto de la costa cantábrica y el frente atlántico de Galicia.

Más tarde, cuando las condiciones políticas y económicas se volvieron en contra de los vascos, la tecnología que estos habían desarrollado pasó a manos de holandeses y británicos. Durante los siglos XVII y XVIII las flotas de estos dos países dominaron las operaciones, que centraron sus actividades principalmente en las aguas del ártico europeo. En el siglo XIX, el siglo de *Moby Dick*, las flotas yanquis de la costa oriental de Norteamérica tomaron el control de la pesquería y, con sus fragatas de vela, la extendieron a todos los océanos. Transitaron por las costas atlánticas ibéricas y utilizaron el golfo de Cádiz y las islas Canarias como caladeros de pesca, aunque, como procesaban los ejemplares en alta mar y se llevaban sus productos a casa, el único rastro local que dejó su ir y venir fue la merma de las poblaciones de cachalote, la especie que con mayor avidez perseguían.

¿Pudo Jonás ser engullido por una ballena?

El mito que más contribuyó a que la ballena se hiciera un espacio en el imaginario popular fue el de Jonás. Aunque el Tanaj, o Biblia hebrea, el Antiguo Testamento y el Corán recogen la historia con pocas diferencias, muchos pueblos la perfilaron con aroma local. En Marruecos se sabe con certeza que Jonás se embarcó en Jaffa a bordo de un navío fenicio que iba a Thersis. Arrojado al mar por la tripulación, Jonás fue devorado por una gigantesca ballena y vivió tres días en su vientre, hasta que la bestia fue a parar a la desembocadura del río Massa, donde murió sobre una roca, liberando a Jonás. En la zagüia de Sidi Ouassei se conservó durante siglos una vértebra del animal, pero la veneración popular llevó a muchos a arrancar pequeños fragmentos para preparar con ellos supuestos filtros mágicos destinados a curar enfermedades. Aquello hizo desaparecer la preciada reliquia. Sin embargo, la leyenda perduró y, en el lugar donde supuestamente Jonás puso el pie en tierra, todavía hoy mujeres piadosas de la región colocan rosas en los agujeros de la roca.

La discusión acerca de si el mito podría estar basado en un hecho real ha sido interminable y apasionada. Originalmente, la evidencia estaba más hinchada por los vientos de la religión que por los de la observación científica. En cambio, durante el último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del XX, los hombres de ciencia tuvieron por fin un acceso efectivo a los grandes cetáceos y se entregaron al examen

La fábula de Jonás, según la recoge el *Speculum humanae salvationis* de 1470-1480 que se conserva en la Biblioteca Municipal de Marsella.



de encías y paladares, a la medición de esófagos y al análisis de ácidos gástricos, y las ballenas pronto fueron descartadas: al ser filtradoras y alimentarse de animales minúsculos, sus tragaderas eran de dimensiones tan reducidas que por allí no podía en modo alguno circular una persona. La sospecha recayó entonces en el cachalote, un animal que devora gigantescos calamares tres veces más gruesos y largos que un hombre y que, además, tiene un indiscutible mal genio. En la época en que este cetáceo era capturado desde pequeños botes, no era raro que, al sentirse herido, reaccionara agresivamente, rompiendo embarcaciones, golpeando a sus atacantes y, en ocasiones, incluso engulléndolos. Los relatos de estos eventos y sus supuestos supervivientes fueron colocados bajo la lupa para ser examinados con precisión entomológica.

Varios casos famosos saltaron a la prensa. En 1891, James Bartley, marinero de 21 años del ballenero británico *Star of the East*, fue deglutido por un iracundo cachalote al que su lancha había intentado dar caza en aguas de la isla de Goicoechea (New Island), islote perteneciente al archipiélago de las Malvinas. El cuerpo del infeliz marino no fue recuperado y el capitán, John Killam, anotó en su cuaderno de bitácora que se le daba por muerto. A pesar de la pérdida, la persecución del cetáceo prosiguió hasta que finalmente se logró su captura. Al proceder a su cuarteamiento se abrieron sus vísceras y en su interior los marinos descubrieron asombrados el cuerpo de Bartley. Eso sí, su piel tenía el aspecto de haber sido hervida y tenía una blancura cadavérica, además de carecer por completo de pelo, efectos que atribuyeron a los jugos gástricos del estómago de la bestia en los que el hombre había permanecido sumergido durante más de quince horas. Con todo, Bartley aún estaba vivo, si bien se hallaba en un estado de semiinconsciencia y le asaltaban frecuentes desvaríos. Al cabo de tres semanas se recuperó y entonces relató que había oído un ruido espantoso, que creyó que era el batir del agua por la cola de la ballena. Luego le rodeó

una oscuridad aterradora y sintió que se deslizaba por un conducto liso que parecía empujarlo hacia adelante. Esta sensación duró solo un instante, y luego sintió que tenía más espacio. Palpó a su alrededor y sus manos entraron en contacto con una sustancia viscosa y flexible que parecía encogerse ante su tacto. Podía respirar, pero el calor era terrible. Entonces comprendió que había sido tragado por el cachalote. En aquel terrible silencio y espantosa oscuridad, le invadió el horror y se desmayó. Lo siguiente que recordaba era hallarse de nuevo a bordo del *Star of the East*. El suceso fue descrito por diversos periódicos, entre otros el *St. Louis Globe-Democrat*, el *New York World* y el *Time*, y recogido en la literatura por George Orwell, Julian Barnes y Arthur C. Clarke.

El único problema es que nunca existió un barco británico con el nombre de *Star of the East* que se dedicara a la pesca de ballenas, ni un marinero llamado James Bartley, aunque sí un muchacho de aspecto inusualmente enfermizo que utilizó aquella historia para ganarse unos peniques exhibiendo su cadavérica imagen mientras se hacía pasar por un fabulado Bartley. Y, sobre todo, un par de predicadores anglicanos aprovecharon para difundir el engaño como prueba irrefutable de la literalidad del Evangelio con el objetivo de contrarrestar a los teólogos apóstatas, que proliferaban en aquella época.

Pero esta mistificación no quita para que, en la época en que a los cachalotes se les daba caza desde pequeñas lanchas, pudiera haber marineros devorados por animales enfurecidos, cuyos cuerpos fueran posteriormente recuperados del interior del animal. Los eventos bien documentados invariablemente señalan la existencia de traumatismos tan graves que hay consenso en que la probabilidad de un desenlace feliz es inexistente. No obstante, en uno de estos eventos, el examen del accidentado reveló que los piojos que poblaban su cabeza estaban aún vivos. Esto podría indicar que la atmósfera en el vientre del cacha-

lote no es tan corrosiva ni tan falta de oxígeno como para producir una muerte inmediata en el caso de que la infeliz víctima lograra alcanzar el estómago de la bestia con traumatismos no letales. Pero eso significaría que habría cruzado sana y salva los tres metros de encías sembradas de aguzados dientes, habría discurrido por una faringe en contracción, habría buceado a lo largo de otros tres metros de esófago musculoso y habría sobrevivido al horror el tiempo suficiente hasta el rescate. Y en el caso particular de Jonás, el camino tendría que haber sido recorrido, además, también en sentido contrario, y con igual fortuna.

En todo caso, aquí entraría en juego el milagro.

Sin embargo, salvo por el hecho de liberar la pesca de su atadura terrestre y expandirla por todos los océanos, los marinos holandeses, británicos y americanos llevaban a cabo la práctica de su oficio igual que los vascos. Durante ocho siglos los procedimientos se mantuvieron prácticamente idénticos. ¿Cómo es que no evolucionaron? Quizás porque estaba en manos de gente de mar, y pocos colectivos humanos son tan conservadores. Las primeras representaciones de arpones balleneros vascos muestran instrumentos idénticos a los que se emplearon en Groenlandia hasta 1920. Las chalupas cántabras del siglo XIII iban tripuladas por seis marineros: cuatro remeros, un arponero y un timonel; en la flota americana que operaba en 1920 en el Pacífico Sur, era lo mismo. En 1835 Lewis Temple introdujo una de las escasas innovaciones existentes en la tecnología ballenera tradicional: el arpón de cabeza basculante; cuando, en 1976, llegó a la factoría gallega de Caneliñas un cachalote con una punta de un arpón azoreano alojada en su grasa, el arpón aún era idéntico al diseñado por Temple. En algún momento del siglo XVIII, un barco ballenero construyó su andana para descuartizar ballenas en el lado de estribor, y nunca un ballenero se atrevió después a trasladarla a babor; el *Rey Alfonso*, un moderno buque factoría que trabajó en Corcubión en la década de 1920, así lo hacía. ¿Por qué el marino está tan aferrado a la costumbre? Quizás porque el mar es un mundo tan cambiante que siente la necesidad de preservar las pequeñas certidumbres que aún

le quedan. Es posible que eso le ayude a tirar adelante.

Muy al contrario, el hombre de tierra, sea industrial o inversor, se aferra menos a la tradición. Desde el año 1059, al que se remontan los registros más antiguos de explotación comercial de ballenas, la industria se ha desarrollado a partir de cuatro grandes impulsos industriales sucesivos: el vasco, el holandés, el estadounidense y el noruego. Estos impulsos fueron consecuencia de innovaciones que abrían nuevas oportunidades de explotación. Los vascos fueron los pioneros en desarrollar la técnica de extracción del aceite mediante hornos de cocción. Los holandeses inventaron las rampas y las plataformas de despiece que permitían un mejor aprovechamiento de las ballenas capturadas y perfeccionaron la logística y la distribución de los productos en los mercados. Los estadounidenses desarrollaron la industria de la transformación de aceites y emplearon la siderurgia y la armamentística en la mejora de cientos de herramientas aplicadas al oficio, como la fabricación de arpones de cabeza basculante o las lancetas explosivas. Finalmente, a mitad del siglo XIX la revolución industrial llegó al mar y los balleneros noruegos pusieron en marcha un círculo virtuoso propio de la época: la industria armamentística permitía la fabricación de cañones arponeros de gran calibre, mientras que el desarrollo siderúrgico posibilitaba la construcción de barcos de hierro movidos por vapor y de grandes máquinas para manipular las ballenas en tie-